

Capítulo 1

Costa de Cornualles, 1815

—¡Señor, por favor, se lo suplico, haga que el cochero vaya más despacio! —gritó Sara—. Si seguimos a este ritmo, vamos a volcar.

Agarrándose al asa con la mano, se sujetó el sombrero en la cabeza mientras el carruaje se dirigía a toda velocidad hacia la cima con los caballos a pleno galope. Desde que habían atravesado las puntiagudas puertas de hierro que facilitaban el acceso a Ravenclyff, avanzaban a una velocidad de vértigo a través de la oscuridad, como si los sabuesos del infierno estuvieran mordiendo los cascos de los caballos.

—Tenemos que mantener esta velocidad debido a la pronunciada pendiente —respondió su compañero—. Tómeselo con calma, querida, el cochero sabe lo que hace.

Al mirar por la ventana hacia la escarpada caída de la rocosa costa que quedaba debajo, Sara no tuvo más remedio que dudarlo. El camino, si es que podía llamarse así, no parecía lo suficientemente ancho como para que pasara otro coche. No había arcén. Lo único que los separaba del borde del abismo eran los restos de una cerca baja de piedras apiladas situada en la parte que daba al mar, mientras que un muro alto de granito que se cernía al otro lado sobre el camino parecía empujarlos disimuladamente hacia una inminente fatalidad.

El sonido de guijarros sueltos y tierra desmenuzada cayendo como la lluvia mientras ellos pasaban como un rayo estuvo a punto de pararle a Sara el corazón. Abajo, unas olas gigantescas coronadas de blanco golpeaban la playa. El eco de su tronar se veía amplificado por la fantasmal y algodonosa neblina que ascendía desde el mar con el cambio de marea. Alentada por el creciente viento, la niebla subía por el acantilado y se deslizaba a hurtadillas por el camino, oscureciendo la visión de Sara a través de los huecos de la cerca rota. Se estremeció. Si ella no podía ver, ¿cómo podía hacerlo el cochero?

Una de las ruedas se introdujo en una hendidura, y el carruaje se escoró vacilante. El camino estaba infestado de aquellas grietas. Pero

el sonido del látigo del cochero y los guturales relinchos de los caballos volvieron a poner el carruaje en marcha enseguida. Cada costura y resorte del destartado vehículo gimió bajo la tensión.

Sara se recostó contra el asiento de frío cuero y cerró los ojos, convencida de que el carruaje se iría abajo por el borde del precipicio en cualquier momento, con el cochero, el lacayo, los caballos y todo lo demás. Como si hubiera leído sus pensamientos, el caballero que viajaba con ella dejó escapar una risita gutural.

—Ya casi hemos llegado, baronesa Walraven —dijo—. Pero debido a la niebla, sólo podrá ver Ravencliff cuando doblemos la siguiente curva. No tenga miedo, la entregaré a su esposo de una pieza, tiene mi palabra.

Baronesa Walraven. El corazón le dio un vuelco ante el sonido de aquellas palabras. Debía estar loca para haberse casado con un hombre al que nunca había visto.

—No se estará arrepintiendo, ¿verdad? —preguntó él—. Es un poco tarde para eso, querida.

—Me he estado *arrepintiendo* desde que vino a mí con esta extraña proposición, señor Mallory.

El se rió entre dientes una vez más.

—En ese caso, tendría que haberlo expresado en voz alta antes de acompañarme hasta Escocia para formalizarlo —aseguró—. Ahora no hay nada que se pueda hacer.

—Eso es lo que me desconcierta —respondió Sara—. Si el barón tiene tanta prisa en casarse conmigo, *por nuestro mutuo beneficio*, como creo que dijo usted... entonces, ¿por qué no ha venido él en persona? ¿Por qué le manda a usted, su *administrador*, como representante? Eso es insultante. Incluso bajo estas peculiares circunstancias.

—Estoy enamorado —dijo el hombre fingiendo que tenía el corazón roto—. Y nosotros también hacemos una pareja muy bonita.

—¿Y si no le gusto al barón? —preguntó Sara ignorando su coqueto guiño.

Su compañero de viaje estaba muy pagado de sí mismo. Era guapo y lo sabía. Tenía el cabello rubio, era elegante e iba impecablemente vestido, además de ser culto. El segundo hijo de un hidalgo, según él mismo le dijo. Sara no estaba impresionada.

—Oh, yo no me preocuparía de eso —respondió él recorriendo todo su cuerpo con la mirada. Tenía los ojos del color del acero, e igual de fríos—. Pero si por casualidad llegara a darse semejante circunstancia —continuó—, yo estaré encantado de hacerle el favor. Sin duda iba a disfrutar plenamente de nuestras... nupcias.

Sara no estaba dispuesta a dignificar aquel comentario con una respuesta, aunque Mallory tenía razón: lo hecho, hecho estaba. Y no cabía ninguna duda de que él la miraba con desprecio por haber consentido semejante acuerdo.

¿Se habría olvidado el muy estúpido del lugar al que tuvo que ir a presentarle la oferta del barón? Tras seis meses en la prisión para deudores de Fleet, habría aceptado una proposición de matrimonio del mismísimo diablo para poder comprar su libertad. ¿La miraría su esposo también con desprecio? Aquella incertidumbre la hizo estremecerse.

Para ella era un misterio cómo se había enterado el barón de su situación apremiante, aunque le habían dicho que había benefactores que en muchas ocasiones se ofrecían a ayudar a presas de lugares como Fleet. Que la suya hubiera sido una proposición de matrimonio y no algo más delicado debería ser un alivio, supuso Sara; pero no lo era. El hecho desnudo era que había consentido en casarse con un hombre al que nunca había visto, por poderes y fuera del país, por cierto, y que había permitido que un total desconocido la entregara en aquel lugar inhóspito a cambio del pago de su deuda. Todavía faltaban por revelar los detalles exactos del acuerdo. Sara no sabía nada en absoluto del barón, excepto que sus padres habían servido juntos en la India, y que en aquellos días fueron sin duda buenos amigos. El barón había remarcado aquel punto, imaginaba Sara, con el objeto de hacerla sentir más cómoda. Pero en cierto modo, no había sido así. Dejando a un lado la insistencia de Mallory en que se guardaría el recato y el decoro en todo momento, y aparte de la proposición escrita de puño y letra con la buena escritura del barón y que Sara guardaba como oro en paño en su bolso, no tenía ni idea de qué le esperaba. No podía ser peor que la espantosa pesadilla de la que acababa de salir... ¿o sí?

—¿Estará al menos el barón en casa para recibirnos, señor Mallory? —le preguntó.

—¿Por qué no me llama Alex, querida? —respondió él—. Nos vamos a ver bastante, ¿sabe? Paso mucho tiempo en la mansión. Tengo una habitación allí... para cuando no estoy fuera ocupándome de negocios inmobiliarios. —Volvió a reírse entre dientes—. Seguramente me verá más a mí que a su esposo, para ser sinceros. Es muy reservado, Nicholas... siempre lo ha sido. Puede creerme. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Nicholas y yo, desde nuestros días de escuela, de hecho.

—Entonces, ¿por qué...?

—Tendría que preguntarle los porqués y los cómo a él, querida —la interrumpió Mallory—. No tengo permiso para revelar sus objetivos.

—No ha contestado a mi primera pregunta, *señor Mallory* —dijo asegurándose de que no se le escapaba su renuencia a llamarle por su nombre de pila—. ¿Está Su Señoría en casa ahora?

Mallory consultó su reloj de bolsillo.

—Oh, sí está en casa —replicó—. Lo que no sé es si estará disponible o no. —Volvió a guardarse el reloj en el chaleco—. Pero yo no lo estaré. En cuanto la deje en la mansión, me marchó a Londres una semana para recoger a su invitado y dejarles a los dos un tiempo a solas.

Sara no pasó por alto las seductoras implicaciones de su tono, y no dijo nada más; cuanto menos conversara con aquel individuo, mejor. Había visto muchos como él en Fleet. Se ajustó la chaqueta y se atusó el vestido de viaje de tela de sarga en tono gris paloma. Se le había quedado lacio en la heladora humedad que se le insertó como una jabalina desde que atisbaron el mar. Aunque las ventanas del carruaje estaban cerradas, Sara sentía la sal en los labios. La niebla seguía bloqueándole la vista, pero no le importaba en absoluto; así se evitaba la visión del mar inquieto sacudiendo la costa que quedaba abajo, batiéndose sobre la gruesa y afilada arena de la playa y cubriendo las pozas de agua que la marea había creado en las calas. Aquella debía ser una vista impresionante a la luz del día. En la oscuridad, resultaba algo aterradora.

—Mire —dijo Mallory señalando con el dedo cuando el carruaje tomó otra curva—. ¡*Ravenclyff!* ¿Lo ve? Hemos llegado.

Sara contuvo la respiración. Aquella visión le soldó los huesos de la espina dorsal. La casa estaba sumida en la oscuridad. Se trataba de una estructura enorme y laberíntica envuelta en niebla hasta las torretas, que se alzaba tres plantas por encima del patio. Estaba coronada por un par de cuervos tallados en piedra colocados a modo de gárgolas en los aleros. Parecía deshabitada. De pronto, la niebla comenzó a dispersarse tierra adentro, como si el carruaje la hubiera ahuyentado al llegar a la entrada, y Sara volvió a contener el aliento: alzada sobre el escarpado rompeolas, la mansión de Ravenclyff parecía como si hubiera sido excavada en la roca del acantilado sobre el que se levantaba.

El cochero tiró de las riendas para detener a los caballos, echó el freno y se bajó para colocar la escalerilla. La neblina lo había calado por completo, desde el sombrero de ala ancha hasta el chal rojo de

viaje que llevaba bajo el abrigo... el único punto de color que había alrededor, y que brillaba bajo la luz de las lámparas del carruaje. Mientras tanto el lacayo, que también estaba empapado, saltó del asiento de atrás del vehículo y comenzó a sacar el equipaje del maletero.

—Esos no —dijo Mallory saliendo del carruaje cuando el hombre comenzó a desatar los dos baúles que había encima del todo—. Son míos. Yo no me quedo.

Le ofreció la mano a Sara, y ella descendió hacia el remolino de niebla que ocultaba completamente la gravilla que crujía bajo sus pies.

—Venga conmigo, querida —dijo él—. A no ser que me equivoque, creo que se está cociendo una ráfaga, y quiero estar otra vez al nivel del suelo cuando golpee.

—¿Una ráfaga? —preguntó Sara.

—Así es como los lugareños llaman a las pérfidas tormentas que azotan esta costa, sobre todo ahora, en primavera. Los vientos podrían precipitarla por el acantilado, con lo menuda que es usted. Más le vale mantenerse alejada del borde incluso con buen tiempo.

Ya habían llegado a la entrada, y Mallory golpeó la aldaba dorada. Tras un instante, la puerta se abrió y fueron recibidos por un mayordomo mayor y dos lacayos tocados con pelucas blancas y vestidos con libreas azul y oro. Mallory la urgió a cruzar el umbral y se llevó la enguantada mano de Sara a los labios.

—Disculpe mi falta de modales, marchándome con tanta prisa —dijo devolviéndole la mano tras habérsela besado convenientemente—. Pero todo lo bueno termina. Estará completamente a salvo bajo los cuidados de Smythe, baronesa Walraven. Él se ocupará de todas sus necesidades. Ha sido un auténtico placer, pero ahora debo marcharme.

Dibujando una reverencia, descendió por los escalones y desapareció en el interior del coche, cuyas ruedas estaban ya en movimiento sobre la gravilla antes de que Mallory se hubiera acomodado una vez más en el asiento.

Los lacayos se apresuraron a recoger el equipaje de Sara. No había muchas cosas: un baúl y una maleta pequeña que contenía los artículos de aseo que había comprado en Londres. Las demás cosas se le proporcionarían en Ravencliff. Cuando hubieron metido sus pertenencias dentro, el mayordomo cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Subid el equipaje de la baronesa Walraven a la suite de los tapices —les ordenó a los lacayos.

Luego se giró hacia Sara.

—Si es tan amable de seguirme, señora —dijo—, el barón Walraven le espera en su despacho.

Así que estaba en casa. Ella casi deseaba que no fuera así. ¿Qué pensaría de ella con aquel vestido de viaje húmedo y pegajoso? Trató de colocarse los mojados mechones de cabello que tenía pegados a las mejillas bajo el sombrero, pero no sirvió de nada; eran demasiados. Para su sorpresa, ya que desde fuera le había parecido tan oscuro, el gran salón y los corredores que atravesaban estaban iluminados por velas colocadas en los candelabros que había sobre las mesas de mármol y en los apliques de los muros, pero no resultaban eficaces para espantar la penumbra. Había una tristeza palpable en aquella casa, en el aire rancio y mustio y en el melancólico eco de sus pisadas sobre el suelo de mármol pulido.

Durante un segundo, a Sara le pareció escuchar el repiqueteo de las patas de un perro avanzando detrás de ellos. Se giró, pero allí no había nada, y tras un instante, volvió a mirar hacia delante y se encontró con el mayordomo observándola.

—¿Ocurre algo, señora? —inquirió el hombre.

—Me pareció escuchar a un perro —respondió Sara sintiéndose como una estúpida al ver que, hasta donde alcanzaba ella a ver, el corredor de atrás estaba vacío.

—La casa cruje de vez en cuando debido a su antigüedad —contestó el mayordomo poniéndose otra vez en marcha—. Escuchará todo tipo de sonidos peculiares, sobre todo cuando se levanta viento. No es nada de lo que deba preocuparse.

Cuando llegaron a la puerta del estudio, Smythe llamó con los nudillos, pero no hubo respuesta al principio. Hasta que el mayordomo no se quedó quieto un instante y volvió a llamar una segunda vez, el barón no les dijo que entraran, y entonces el mayordomo la urgió para que entrara en una estancia grande y amurallada con libros. Las oscuras cortinas de las ventanas estaban echadas. A excepción de un candelabro con velas colocado sobre una base al lado de la butaca de orejas que ocupaba Nicholas Walraven y del débil fuego que ardía en el hogar, la habitación estaba inmersa en sombras. Sara dio un respingo cuando la puerta se cerró con fuerza tras ella, movida por la mano del mayordomo. El barón dejó a un lado el enorme libro que estaba leyendo y se puso de pie, examinándola detenidamente.

Alexander Mallory le había proporcionado una descripción de su esposo, pero no la había preparado para la realidad de aquel hombre. Calculó que tendría unos treinta y tantos años, y tenía una figura

impresionante. Era alto y delgado, aunque bien musculado. La camisa de algodón egipcio que llevaba metida en los ajustados pantalones negros estaba abierta hasta el cuello, proporcionando un destello del vello de su pecho, a tono con el de su cabello... tan negro como el ala de un cuervo, rizado a la altura de los lóbulos de las orejas y que le caía de forma desenfadada por la amplia frente. Los hundidos ojos que había abajo, dilatados debido a la oscuridad, brillaban como obsidianas. Tenían el poder de hipnotizar.

—Siéntate, por favor —dijo señalando hacia la silla Chippendale situada al otro lado de la alfombra persa—. Esto no tiene por qué ser incómodo a menos que tú lo desees.

—Perdona que me haya quedado mirándote —dijo Sara tomando asiento en la silla que le ofrecía—. No esperaba... quiero decir que... el señor Mallory no me había preparado específicamente para... todo esto.

Lo que realmente tenía en la punta de la lengua era que no entendía por qué un hombre como aquel había tenido la necesidad de llegar a extremos tan vergonzosos para conseguir una esposa.

—¿Has comido? —preguntó él.

Su voz profunda retumbó por el interior del cuerpo de Sara, tañendo las cuerdas de unos lugares que hasta la fecha nadie había tocado de aquella manera. Se revolvió incómoda en la silla.

—Sí, señor —replicó—. En la posada de la parada de postas de Bodmin Moor.

—¿Te gustaría tomar una copa de jerez, o tal vez algo más... fuerte para hacerte entrar en calor?

—No, gracias —dijo Sara—. No tomo bebidas fuertes.

Walraven no volvió a tomar asiento en la butaca. Lo que hizo fue dirigirse al escritorio y apoyarse contra él, medio sentado en el borde con uno de sus bien torneados muslos extendido hacia un lado con naturalidad.

Sus altas y pulidas botas de borlas brillaban bajo la luz de la velas, y el parpadeante fuego del hogar arrojaba sombras que jugueteaban alrededor del profundo hoyuelo de su barbilla. No; Alexander Mallory no le había hecho en absoluto justicia a aquel hombre.

—Naturalmente, tendrás preguntas —dijo con aquella voz profunda de barítono que tenía aquel efecto tan sobrecogedor sobre ella—. Para ahorrar tiempo, ¿qué te ha contado Alex?

—Sólo que tu proposición era honorable; que se observaría escrupulosamente el decoro; que el acuerdo resultaría... beneficioso para ambos y que tú me darías más detalles cuando llegara.

—¿Te entregó mi carta?

—Sí —dijo Sara clavando la vista en las manos que tenía cruzadas sobre el regazo.

El corazón le latió asincopadamente. Los ojos del barón reflejaron el rojo destello del fuego. Brillaban como brasas candentes mientras la miraban. Sara no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Una invitación de lo más cortés, barón Walraven —murmuró.

—Así no —dijo él—. Debes llamarme Nicholas, y yo te llamaré Sara cuando estemos a solas... empezaremos ahora. Necesitarás acostumbrarte a hacerlo. Ya no eres Sara Ponsonby. Somos marido y mujer, y esa es la imagen que debes dar. En las ocasiones solemnes serás la baronesa Walraven, por supuesto, y de modo más informal, Sara Walraven, que es como firmarás tus documentos. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, ba... Nicholas.

El nombre no le salió con naturalidad. Todo resultaba demasiado nuevo.

—Muy bien —dijo él—. ¿Puedes quitarte el sombrero, por favor?

Sara confiaba en que no le pidiera que hiciera eso, al menos hasta que hubiera tenido tiempo de arreglarse. Se le agolpó la sangre caliente en las sienas. Sonrojarse era su más grave defecto, una maldición de su herencia de piel clara. No necesitaba un espejo para saber que ahora estaba colorada. Sentía las mejillas ardiendo. El calor que subía de ellas la obligó a entornar los ojos.

—Por favor —repitió Nicholas animándola con un gesto de la mano.

Sara se quitó el sombrero, y él alzó las cejas.

—Veo que no eres una esclava de la moda —observó.

—¿Señor?

—Tu cabello —dijo él—. No te lo has cortado según la tendencia actual.

—Con tantas cosas encima, últimamente no he tenido tiempo de pensar en modas —respondió ella.

¿Había sido demasiado arisca su respuesta? Temía que sí, pero ya era demasiado tarde.

—Seré breve —dijo Nicholas cambiando de postura, y también de tema—. Necesito una compañera... sólo eso. Alguien que presida mis reuniones y que aparezca conmigo en público en las ocasiones que así lo requieran, con el objeto de disuadir a las depredadoras femeninas y evitar que la alta sociedad siga tratando

de encerrarme en el mercado del matrimonio. Si tengo esposa... bueno, supongo que ya lo has entendido.

—¿Es esa la razón por la que no vienes a la ciudad durante las temporadas de baile? —no pudo evitar preguntar Sara.

No le sonaba veraz. Si lo único que buscaba era una anfitriona, podía haber tomado una amante.

Nicholas vaciló.

—Esa es... una de las razones —dijo—. Mis motivos no deben ser asunto tuyo... sólo mis necesidades. Baste con decir que no podía contratar a alguien para ocupar esta posición y hacer que viviera bajo el mismo techo que yo sin faltar al decoro. Como la mujer que escogiera debía vivir aquí, tenía que convertirse en mi esposa. Tenía que ser atractiva, culta y por encima de todo reproche. Tú posees todas esas cualidades. También debía estar de acuerdo con el trato, cómo has hecho tú, basándose únicamente en mi carta, sin tener conocimiento pleno de mis... condiciones. Eso era primordial. Demuestra confianza, y la confianza es vital. Cuando tuve conocimiento de tu... situación, me dio la impresión de que podríamos alcanzar un acuerdo beneficioso para ambos. Me alegro de que hayas decidido aceptar. No te faltará nada. Hay unas cuantas normas sencillas en esta casa que te voy a pedir que sigas, pero ya hablaremos de ese tema.

Sara se quedó mirando aquellos ojos de obsidiana que todo lo veían y parecían taladrar su alma. La luz del fuego seguía brillando roja sobre ellos. Aquel era un asunto extraño, y aunque él había respondido a muchas de sus preguntas, todavía quedaba una que necesitaba hacerle, y no sabía cómo plantearla.

—¿Tienes alguna duda? —preguntó Nicholas, como si le hubiera leído el pensamiento—. Oh, sí, por supuesto —se apresuró a añadir, terminando de convencerla de que tenía poderes—. Tus obligaciones no incluyen compartir mi cama. No tengo ningún deseo de perpetuar mi linaje. Confío en que eso no sea... un problema. Pensé que, dadas las circunstancias, supondría en cierto modo un alivio.

—No... ningún problema —dijo Sara.

No había considerado la posibilidad de tener hijos, o de no tenerlos. Su franqueza la perturbaba, y evitó seguir con el tema.

—Sin embargo, hay otro asunto que me ha desconcertado desde el principio —aseguró con todo el aplomo que fue capaz de reunir—. ¿Por qué enviaste al señor Mallory a Londres a buscarme, y por qué una boda por poderes cuando ese tipo de cosas están prohibidas en Inglaterra? ¿Por qué no viniste tú mismo? Creo que eso

habría sido más sencillo que hacerme recorrer todo el camino hasta Escocia con un completo desconocido para llevarlo a cabo.

—Eso no es “un asunto”, Sara; son tres —dijo él—. Y los tres tienen una razón de ser. No obstante, por esta vez voy a ceder. Digamos que... situaciones preexistentes aquí en la costa me impidieron salir... ni siquiera para casarme. —Nicholas se dirigió hacia la campana y tiró de ella antes de volver a girarse hacia Sara—. He llamado a la señora Bromley, mi ama de llaves. Ella te mostrará tus habitaciones y te presentará a Nell, tu doncella. Su cuarto está al lado de tus aposentos.

—Gracias, Nicholas —murmuró Sara.

—Te reunirás conmigo durante las comidas —continuó él—. El desayuno y la comida se sirven en la sala de desayunos. La cena, en el salón comedor. Los criados te indicarán dónde es.

—Antes has dicho algo sobre... sobre las normas de la casa —le recordó Sara.

—Sí —dijo Nicholas—. Ahora iba a comentártelo. Mañana te harán una completa visita guiada por Ravencliff. Por favor, no vayas tú a investigar por tu cuenta. La casa es muy antigua. Hay muchas partes que están en mal estado, y podrías hacerte daño. Por favor, no vayas al rompeolas sin compañía. Los vientos de la cornisa tienen muy mala fama. Son conocidos por haber tirado a hombres fornidos por los acantilados, y los vendavales se levantan de pronto. Ahora mismo estamos a punto de que se desencadene uno.

»Aunque hay escalones excavados en el arrecife, no bajes por ellos a la orilla. Esas escaleras se hicieron siglos atrás, y fueron utilizadas por los contrabandistas. Esta costa está plagada de piedras, cuevas y pasadizos, ninguno de ellos seguro. Son frecuentes las aguas revueltas, y podrías quedarte aislada en cuestión de segundos. Por último, lo que ocurra dentro de estos muros *permanece* dentro de estos muros. Espero de ti que seas discreta. No vayas contando chismes. Si tienes alguna pregunta o alguna preocupación, no cargues con ella a los criados o a Alex. Acude directamente a mí. ¿Nos entendemos?

—Sí, Nicholas —respondió ella levantándose al ver que se acercaba.

—Bien —dijo él—. Quiero que esta asociación resulte agradable... para los dos.

Cómo se cernía sobre ella desde su altura. Aquellos ojos fascinantes coronados con oscuras pestañas que cualquier mujer envidiaría resultaban todavía más alarmantes de cerca. Los tenía entornados,

y la devoraban bajo la luz de la vela, provocando que el corazón de Sara latiera con fuerza. Olía a limpio, a mar con trazas de tabaco y a brandy recién bebido. Todo aquello combinado con su propia y casi feroz esencia daba como resultado un efecto embriagador. Sara aspiró con fuerza el aire y extendió la mano.

Él dio un paso atrás, rompiendo el hechizo.

—Discúlpame —murmuró—. No me gusta que me toquen.

Alguien llamó entonces suavemente a la puerta con los nudillos, poniendo fin a aquella incómoda situación, aunque no al bochorno de Sara, que dejó caer la mano a un costado.

—¡Adelante! —ordenó Nicholas.

La puerta se abrió y entró una mujer regordeta de mejillas sonrojadas y vestida con una sarga negra de aspecto rígido, cofia almidonada y delantal.

—Por favor, acompañe a la baronesa Walraven a sus aposentos, señora Bromley —le pidió—. Y ocúpese de que Nell la atienda. Encárguese de que no le falte nada.

—Sí, señor —respondió el ama de llaves inclinándose en una reverencia.

Nicholas se giró hacia Sara.

—Es tarde —dijo—. Debes estar agotada. Te espero en el desayuno. Si tienes más preguntas, te las responderé entonces. Buenas noches, Sara.

La despidió con una breve inclinación, se dio la vuelta y se dirigió hacia el hogar, la mirada de obsidiana clavada en las chispas que salían disparadas de un tronco que había caído en la rejilla de la chimenea.

Sara tenía preguntas... muchas preguntas, pero no obtendría respuestas para ellas en aquel momento. La extraña entrevista había terminado, y siguió al ama de llaves hacia el corredor.

Nicholas había dejado claro que su matrimonio lo sería sólo sobre el papel. Lo había señalado sin miramientos, y ella lo había recibido con una mezcla de sentimientos. Aunque le preocupaba compartir cama por primera vez con un auténtico desconocido, se sintió más decepcionada que aliviada al saber que aquello no formaba parte del acuerdo. ¿Por qué no querría tener aquel hombre un heredero? Y es más, ¿por qué no quería siquiera que lo tocaran? Hacía uno rato, Alexander Mallory le había cogido la mano y se la había llevado a los labios antes de que ella se la ofreciera; Nicholas, aunque era técnicamente su *esposo*, había enfatizado que Sara debía dar la imagen de una esposa, pero había rechazado un inocente gesto de buena voluntad para sellar su acuerdo.

Tal vez se había precipitado. Nicholas Walraven era un misterio, pero no había nada oculto en la situación de Sara. Todo el mundo sabía que su padre, herido de guerra y nombrado caballero por su valor tras servir bajo las órdenes de Wellington en la península Ibérica, había muerto profundamente endeudado, dejándola a ella todas las cargas. Nicholas había pagado una asombrosa suma de dinero para liberarla... mucho más de lo que habría tenido que aportar para casarse con la hija de alguno de sus pares.

¿Por qué, con tantas buenas perspectivas entre las que podría escoger, la había convertido a ella en su esposa? No podía ser únicamente porque sus padres hubieran servido juntos en una ocasión en tierra extranjera. Nicholas ni siquiera había nacido entonces. Tenía que haber algo más, pero, ¿de qué podía tratarse?

Tampoco se creía su pobre explicación para querer casarse. Había dejado entrever que existía algo más que eso. ¿Por qué no se lo había explicado? ¿Por qué había sido necesaria una boda por poderes? ¿Por qué no había escogido conocerla antes de hacerle su proposición? Lo que en un principio le había parecido a Sara la respuesta a sus plegarias estaba cobrando ahora dimensiones más oscuras. Lo peor de todo era el modo en que aquel hombre extraño y enigmático había impactado en ella en el sentido físico. Eso era lo más aterrador de todo.

—La suite de los tapices, señora —dijo la señora Bromley, devolviéndola de golpe al momento presente.

Las ventanas vibraron en sus marcos cuando el ama de llaves abrió la puerta y caminó como un pato por el recibidor que separaba las habitaciones para correr las cortinas del dormitorio. Aun así, una corriente de aire se deslizó por el suelo, alborotando el bajo del húmedo vestido de viaje de Sara. En el exterior, la ráfaga estaba en pleno apogeo. La lluvia golpeaba contra los cristales, arrastrada por rachas de viento que gemían como voces humanas, y el bramido del mar subiendo acantilado arriba la congeló hasta la médula. Sara apenas acababa de cruzar el umbral cuando otro sonido desgarró el silencio y le provocó un vuelco al corazón: un aullido lastimero parecido al de un lobo retumbó por el corredor. Sara se quedó clavada en el sitio.

—¡Sabía que había un perro! —gritó.

—Es el viento, señora, sólo el viento —dijo el ama de llaves cerrando la puerta de la habitación—. Aúlla por estos viejos corredores como si fuera un huracán terrible.

—Eso no ha sido el viento —insistió Sara—. Sé distinguir el au-

llido de un perro cuando lo escucho. Teníamos un criadero de perros, magníficos sabuesos de caza... y caballos. Hablaba con voz entrecortada al recordar. Tuvo que venderlo todo, y aun así no fue suficiente para satisfacer la deuda. Una neblina le nubló la visión. Parpadeó para apartarla de sí. Cuánto echaba de menos a sus adorados sabuesos. Perderlos le había roto el corazón. Nunca olvidaría la confusa mirada traicionada de sus ojos, sus gemidos y sus aullidos cuando su nuevo amo se los llevó... un amo cruel comparado con los mimos a los que estaban acostumbrados a manos de Sara. Pero no podía pensar en ello ahora si no quería disolverse en las lágrimas que la amenazaban.

Una doncella cruzó a toda prisa la puerta de la habitación adyacente. Tenía el rostro pálido como la cera.

—¡Ah! Ya estás aquí —dijo la señora Bromley—. ¿Has preparado la bañera de la señora?

—S...sí, señora —respondió la joven haciendo una breve reverencia.

El ama de llaves le lanzó una mirada severa, y la doncella suavizó su expresión y lanzó una débil sonrisa en dirección a Sara, aunque sus ojos de búho seguían clavados en la puerta, como si esperara que alguien apareciera por ella.

—Bien —dijo el ama de llaves girándose hacia Sara—. Esta es Nell, señora. Su doncella. Tiene miedo a las tormentas, pero sirve bien en la casa, y le servirá a usted del mismo modo. —Miró a la doncella—. ¿Y bien? Prepara el camisón de la señora, y luego ayúdala a bañarse y a prepararse para meterse en la cama. Son más de las once, y en esta casa el día empieza muy temprano.

—S... sí, señora —maulló la joven.

—La ropa que mandó traer el barón está colgada en el armario —explicó el ama de llaves—. Sus cosméticos están en el chiffonnier. Cualquier cosa que le falte la traeremos de Truro, no tiene más que hacer una lista y yo misma podré ir, o enviar a una de las doncellas.

—Estoy segura de que todo será más que aceptable —respondió Sara.

En comparación con el estado en que la había encontrado Mallory en Fleet, cualquier cosa sería una mejoría.

Al mirar alrededor, a los tapices colgados de las paredes, resultaba fácil ver de dónde venía el nombre de la suite. Pero Sara estaba demasiado distraída como para hacerles justicia. Tenía el oído agudizado por si escuchaba otro aullido del perro cuya existencia todo el mundo negaba. Pero ahora no se escuchaba ningún sonido aparte

del viento, ahora sí, arrastrando la lluvia, estampándose contra el parteluz de los cristales y gimiendo alrededor de las columnas.

Sara se estremeció y se dirigió hacia el vestidor, donde esperaba su baño. Nell había dejado un camisón marrón y un negligé sobre la cama. La señora Bromley agarró a la doncella del brazo, obligándola a seguirla, y la llevó a un aparte para decirle algo en un susurro. Estaba claro que, fuera lo que fuera, la intención era que Sara no lo escuchara, así que las dejó allí. Estaba deseando disfrutar del baño antes de que se enfriara.

Sobre el agua había esparcidas hojas de romero y de menta machacadas, y Sara permitió que la envolviera mientras Nell vertía unas gotas de aceite de rosas en la mezcla. El efecto resultó absolutamente maravilloso, y Sara gimió cuando la combinación de esencias se abrió paso a través de sus fosas nasales y el apreciado aceite le suavizó la piel.

—Pronto tendremos pétalos de rosa auténticos —dijo la doncella—. Este año se han retrasado, ha habido demasiados temporales. Cuando estén floreciendo, lo sabrá. El viento expande su aroma por toda la casa.

—Lo de antes no fue el viento, ¿verdad, Nell? —preguntó Sara—. *Era* un perro, ¿no es cierto?... y tú también lo oíste, ¿no es así?

—No sé a qué se refiere, señora —dijo la joven—. Yo lo único que he oído es el viento. Yo le tengo miedo desde que arrancó de cuajo el tejado de la torreta norte y se la llevó volando hacia el acantilado que queda más allá. El barón mandó que lo arreglaran, pero eso no importa. Volverá a levantarse. Tiene suerte de que no le haya alojado en una de esas suites de la torreta. Se despertaría en medio del mar.

Sara no iba a conseguir ninguna respuesta de aquella apocada doncella, y estaba demasiado cansada para discutir. El delicioso baño la había relajado lo suficiente como para dormirse, y permitió que Nell la ayudara a ponerse el camisón y le cepillara el cabello.

—Qué color tan bonito, señora —comentó la joven—. Brilla como el oro hilado bajo la luz de la vela. La mayoría de las damas se lo cortan actualmente.

—¿Crees que yo debería hacerlo? —le preguntó Sara, recordando el comentario anterior de Nicholas.

Todavía no estaba segura de si había querido decirle un cumplido o un reproche.

—Oh, yo no me atrevería a decirlo, señora —respondió la doncella—. Eso depende de usted.

La decisión tendría que esperar; la cama de cuatro postes, que ya estaba abierta, resultaba de lo más invitadora, y Sara despidió a Nell, apagó las velas y se deslizó bajo la colcha y las crujientes sábanas de lino. La habitación daba al mar, y el viento del oeste que levantaba las olas rompía con toda su fuerza contra aquella sección de la casa. Las cortinas, a pesar de ser gruesas, temblaban contra los cristales, y las corrientes de aire jugueteaban con el fuego del hogar, arrojando grandes sombras caoba hacia los tapices de las paredes. Sara cerró los ojos. Arrullada por el ritmo de las olas rompiendo en la orilla, había empezado a adormilarse cuando un ruido extraño se hizo oír por encima de la voz de la tormenta, el sonido de unos arañazos en la puerta.

Sara sacó los pies por un lado de la cama, pero vaciló antes de bajar. *¡Ratas! ¡Por supuesto que tenía que haber ratas tan cerca del mar!* Se estremeció. Había ratas en Fleet... criaturas enormes, feas, peludas y negras. Con largas y delgadas colas. Se había despertado más veces de las que quería recordar con alguna de ellas subiéndosele por las piernas en medio de la noche... en la oscuridad. Se le erizó el vello de la nuca y contuvo el aliento, recordando.

Volvió a escucharse aquel sonido, y un frío aterrador se apoderó de su espina dorsal. No provenía del interior de la habitación. Había algo fuera arañando la puerta, y se acercó de puntillas para escuchar. Contuvo la respiración. No se trataba de una rata arañando el pavimento. Era algo... más grande.

Durante un momento se hizo el silencio.

—¿Quién anda ahí? —dijo expectante.

No hubo respuesta, pero ella tampoco esperaba tenerla. Aquel no era un sonido humano. Volvió a escucharse. Esta vez fue un gemido, y la rígida postura de Sara se relajó. *¡El perro, por supuesto!*

Descorrió el cerrojo, abrió la puerta y se quedó petrificada en el umbral. Contuvo el aliento de nuevo al verse frente a frente con lo que parecía ser un lobo grande y negro. ¡Pero seguro que se equivocaba! Era un perro que *parecía* un lobo. Ya no quedaban lobos en Inglaterra.

Durante un instante, la criatura se quedó mirándola fijamente, sus ojos brillaban en color rojo sangre a la luz del fuego. Luego se dio la vuelta y se marchó, desapareciendo entre las sombras que rodeaban el rellano de la segunda planta.